CONCHA

IbáÑEZ

CONCHA IbáÑEZ

Edita: CONTRATALLA
Santa Anna, 16 - 43003 Tarragona
Tel. 977 234 633
E-mail: contratalla@tinet.org

Los libros de la presente edición contienen un grabado original de la artista.

Maquetación y impresión:
Ind. Gràf. Gabriel Gibert, SA - Tarragona

D.L.: T. 1.460. 2004

CONCHA IBÁÑEZ Y EL SILENCIO COMUNICATIVO DEL PAISAJE

Ya de pequeña Concha Ibáñez tenía claro que sería lo que es, pintora. Jugaba aún con las muñecas y leía "patufets" cuando una tarde, bajo la higuera del huerto de la casa de los abuelos en Canet de Mar, declaró con plena contundencia sus intenciones. Con sus hermanas y otros niños y niñas de la familia jugaban a "que seré yo cuando sea mayor" y las opiniones eran tan variadas como divertidas. Su hermana Paquita afirmaba que ella sería princesa, opción que todos valoraron muy positivamente; un niño aseveraba que él sería rico sin explicar, pero, como lo conseguiría; y Concha Ibáñez, muy sería decía que ella lo que haría sería "pintar y andar", una doble opción a la que siempre se ha mantenido fiel. Porque al margen de ser pintora, dibujante, grabadora y artista con activa curiosidad por todos los procedimientos creativos, nunca le ha dado pereza viajar para conocer mundo y exponer sus obras.

Como hacen la mayoría de niños, Concha Ibáñez dibujaba en la escuela y en casa con colores y sobre papel todo lo que le rodeaba y también lo que imaginaba. Era la forma de manifestar su incipiente personalidad, pero sin saber por qué lo hacía. Pero un día, sin saber el có-

mo y el porqué, vio a un señor cerca de la casa de los abuelos en Canet, población muy presente en sus vivencias, que pintaba al aire libre y que, encima de una tela dispuesta sobre un caballete, iba construyendo un paisaje. Fue como una revelación que ahora, cuando la recuerda, compara sin ninguna irreverencia por su parte, con la aparición de la Virgen de Fátima o la de Lourdes. Quedó impresionada y sintió que el oficio de pintar tenia que ser el suyo.

¿Pero y el caminar? Es fácil de explicar: para ella caminar era el equivalente a viajar. Le gustaban mucho los mapas, que representaban con colores las diferentes naciones y señalaban cosas vivas como los ríos que eran venas de sangre azul y los puntos negros de las poblaciones que parecían pecas. Se pasaba horas con un atlas en las manos y la mirada iba de un lugar a otro, incansable en su afán de conseguir países y lugares situados mucho más lejos de lo que era factible dentro del ámbito de sus límites familiares.

La escritora valenciana Concha Alós, autora de novelas realistas como "Los enanos", "Los cien pájaros" y "Las hogueras" con la que ganó el premio Planeta de 1964, explicó la doble vocación de Concha Ibáñez (pintar y caminar) en el texto con el que el año 1970 acompañó la exposición de la

artista en el Club Pueblo de Madrid. Buena amiga de la pintora, que ya empezaba a ser conocida en Cataluña y en diferentes lugares de España, puso todo el interés en ayudarla a conquistar al público madrileño. Éste ya la había podido seguir en las exposiciones celebradas los años 1963 y 1966 en la sala Abril, pero exponer en el Club Pueblo, situado en la misma sede del diario, dirigido por el influyente periodista Emilio Romero, era muy importante.

Concha Alós, utilizó lo que la misma Concha le había explicado sobre los orígenes de su vocación como pintora, para iniciar su texto de presentación de la siguiente manera: "Un día, emborronado por la canícula del pueblo de Canet de Mar, Concha Ibáñez descubre la pintura. Una artista ambulante transporta el barroquismo desenfrenado de la playa, las barcas, una mar caliente y un cielo exagerado y añil cabalgado por nubes borreguiles. Es la Magia. Para Concha, que tiene seis años y que nunca había sospechado que la química de una paleta de colores pudiera perpetuar la cotidiana belleza, aquello era el asombrado contacto con la magia.

Quedó fascinada. Y desde entonces, ella me lo contó un verano, supo lo que sería su futuro. Una amiga mía, que se llama Paquita y tiene unos

ojos preciosos, declaraba que cuando fuera mayor ella sería princesa. Concha, apretando muy fuerte un cuaderno lleno de garabatos, supo que ella nunca seria princesa. Y que no le interesaba serlo: "que sólo quería andar y ser pintora".
Es una versión un poco literaria –los escritores necesitan poner imaginación en todo lo que hacen– pero en sus principios esenciales responde a los que Concha recuerda sobre los origines infantiles de su doble vocación de pintar y andar por el mundo.

INSTINCIÓN, CANET DE MAR Y BARCELONA

Concha Ibáñez Escobar, nacida en Canet de Mar el 12 de marzo de 1929, pertenece al signo de Piscis. Hija, por lo tanto, de un pueblo marinero y con el mar tocando sus orígenes, sus tendencias astrológicas tenían que quedar por fuerza bien estimuladas. El décimo segundo y último signo del Zodiaco, Piscis simboliza el psiquismo, el mundo interior en el que todo fluye y se mueve de una manera natural. El ritmo de las olas se impone sobre todas las cosas que pasan y los que pertenecen a este signo en su primera década –es lo que sucede con Concha– tienden a entenderse con otros y a establecer una

gran red de amistades. Participan en el gran universo del agua, formado por mares y océanos con muchas y diversas formas de actuar y presentarse, pero con un ritmo constante en las mareas debido a la acción gravitatoria del sol y la luna. Los diferentes hombres y mujeres que han nacido bajo el signo de Piscis, tienden a la fusión de las partes en una totalidad, a la comprensión de las individualidades que son como gotas de agua que forma pequeños charcos o grandes extensiones marítimas. Por esto, en general, son personas comprensivas que reciben todo tipo de confidencias.

Participan de aquel refrán marinero que dice "en el mar no hay ni tuyo ni mío; en la mar, todo es tuyo y todo es mío" con extraordinaria generosidad con los que tienen problemas. Y en este sentido Concha es persona y artista de muchos amigos. Como lo captó el escritor y poeta Ricard Creus, esposo de la pintora Esther Boix, que en una presentación de una exposición, diría: "A ninguno de los innumerables amigos de Concha no nos tiene que extrañar que ella emprenda un nuevo viaje".

Viajera porque el signo de Piscis lo propicia, como también por la influencia de la vía materna. El abuelo Escobar dejó su pueblo natal Instinción, de la provincia de Almería, con mujer y siete hijos para trasladar-

se a un Canet de Mar del que nada conocía y del que esperaba posibilidades de instrucción y mejora económica para los suyos.

No tan viajera sería la rama paterna, aunque el padre, Francisco Ibáñez Alcázar, al terminar el servicio militar en Cádiz, se trasladó a Barcelona para trabajar en la casa Escofet, dedicada a la fabricación de mosaico hidráulico, y contraer matrimonio.

El nuevo matrimonio esperaba su primer hijo, mientras los abuelos se preparaban para tener su octavo descendiente. Concha nació un martes y un mes y medio después nacería su tío Carlos.

El abuelo Escobar sentía gran curiosidad por todo lo que le parecía progreso en el campo social. Después de hablar con personas que por su trabajo viajaban mucho, llegó a la conclusión que en Cataluña existan muchas posibilidades de trabajo y de instrucción. Uno de sus informadores le comentó que en Canet de Mar había muerto el cabrero, lo que le decidió a trasladarse a dicho pueblo, para dedicarse a la venta de leche de cabra.

En aquella población hasta entonces desconocida, había una potente industria textil lo que facilitaría trabajo a los hijos mayores, y una avanzada Escuela Textil (fundada el año 1921) en la que recibían formación los obreros más cualificados.

DICTADURA, GENERALITAT REPUBLICANA, GUERRA CIVIL Y NUEVA DICTADURA

Reinaba en España Alfonso XIII y desde septiembre de 1923 había la Dictadura del general Primo de Rivera. Los partidos políticos habían estado suspendidos y solo existía la Unión Patriótica, hecha a medida de los intereses del general. Se practicaba una política por decreto y se favorecían las obras públicas que daban trabajo a mucha gente. El progreso material era evidente. Redes de carreteras, pantanos, teléfonos y transporte urbano hacían crecer una España anticuada con relación al resto de Europa, ya que tanto el rey como el dictador, se miraban en el espejo de las realizaciones públicas de la Italia del fascista Mussolini. Había paz interior y se había conseguido con la ayuda de Francia parar las guerras del norte de África.

En Cataluña la mayoría no era afín a la Dictadura, que desde el principio había actuado contra la lengua, la bandera y muchas de las actividades culturales del país. Pero como los atentados sociales se habían eliminado gracias a la fuerte represión militar, un sector de la burguesía estaba satisfecha. Además, Barcelona compartía con Sevilla la organización de la Exposición Universal

de 1929 y en la montaña de Montjuic de Barcelona se trabajaba en la construcción de palacios, avenidas, jardines y una fuente monumental.
Con los abuelos y tíos maternos en Canet, Concha vino al mundo en esta población del Maresme, un martes; la noche anterior había empezado la luna nueva, el calendario indicaba las festividades de los santos Gregorio Magno y Bernardo y se estaba en plena cuaresma. Aquel año la Semana Santa iba avanzada, ya que el 24 de marzo fue el Domingo de Ramos, el 28 y el 29, Jueves i Viernes Santos y el 31 el Domingo de Resurrección.
Concha nació, sin saberlo, con la Dictadura. Pero poco conocimiento tuvo de la misma, así como tampoco de los efectos de la enseñanza en catalán que puso en marcha la Generalitat de Macià y Companys. Además, apenas sufrió los efectos de la guerra civil en Barcelona porque, tanto a ella como a sus hermanas, los padres las mandaron a Canet lejos de los bombardeos.

PRIMEROS ESTUDIOS, ESCUELA DE ARTES Y OFICIOS Y "LLOTJA"

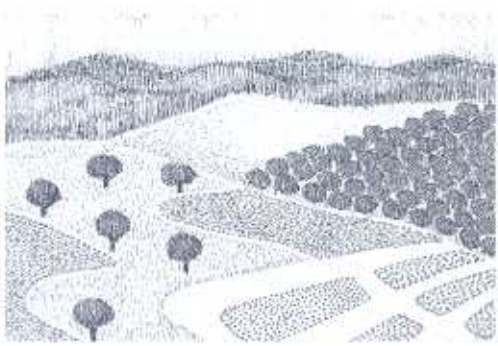
Concha quería ser pintora, pero para ello se tenía que someter a un aprendizaje, aquel que ofrecen los padres

con la mejor voluntad para conseguir para sus hijos aquello que se llama un porvenir. Y como es obvio, este no pasaba nunca por el arte. Hasta el punto que no era muy conveniente el hablar de que era el objetivo de una hija, sino una inclinación, como una especie de afición que con el tiempo ya se verá si se consolida. Y mientras, hay que aprovechar todo lo que se presente para enriquecer el espíritu y hacer que los sentimientos ganen entidad.

La obsesión de Concha era poder llegar a pintar de manera exclusiva, pero en su casa no se lo podían permitir. Los tiempos de la posguerra civil española eran difíciles y hacía falta que todos los miembros de la familia ayudasen. Concha trabajaba en diferentes actividades, pero aprovechaba las horas libres dibujando y visitando exposiciones y museos. Incluso cuando estaba en Canet iba a la biblioteca pública para ver libros de arte. Allí pasaba horas mirando las láminas –muchas de ellas en blanco y negro– y también leyendo los textos para saber historia del arte en sus diferentes estilos y tendencias.

Los primeros años de aprendizaje, Concha no podía hablar de ir a la Escuela de Artes y Oficios, ni tampoco de asistir a los cursos de "Llotja". Pero si que le aceptaron que fuese a la academia que tenia en su

estudio el pintor Josep Baqué. Éste –Josep Oriol Baqué i Mercader– era un pintor paisajista y marinista que había sido discípulo de Joan Baixas. Para él la pintura había llegado al máximo con los cuadros de Joaquim Mir y Joaquín Sorolla, dos grandes pintores sin ninguna duda, pero que dada la rotundidad excluyente respecto a los otros en la que se expresaba el señor Baqué, no le parecían tan únicos a Concha. Como tampoco le llegó a convencer el repudio que manifestaba su maestro con relación a las exposiciones en salas y galerías comerciales. De hecho él solo había expuesto una vez, el año 1945, en la galería Pallarès, así como tan solo había participado en las Exposiciones de Bellas Artes de Barcelona de los años 1942 y 1944. Era un corto bagaje artístico que Concha de ninguna manera quería seguir, dado que le parecía mas apropiado lo que hacia Joaquín Asensio, un pintor que tenía el estudio en la misma escalera y que hablaba de las exposiciones que había realizado y las que tenía en proyecto.



Cuando Concha consideró que ya tenía los conocimientos suficientes, decidió ir a Artes y Oficios con la excusa respecto a su madre de que allí aprendería de colores y estilos relacionados con la moda textil.

Las clases de Artes y Oficios y las posteriores de "Llotja" fueron para ella como la revelación de un nuevo mundo. Profesores y compañeros de curso le parecían los genuinos representantes del Arte en mayúsculas con el que quería conectar. Por ello apreciaba sus virtudes, creativas pero para seguirlas desde su propia manera de hacer.

Pintura, grabado y dibujo serían sus especialidades, tanto en su forma académica como por libre. De los profesores recuerda con afecto a los pintores Francesc Labarta, Josep Puigdengolas, Miquel Farré y Joan Commeleran, mientras en el grabado tiene palabras de elogio para Maria Josefa Colom, Antoni Ollé Pinell y Jaume Coscolla. Y en lo referente a los compañeros de curso recuerda a Elena Paredes, Nuria Tortras, Carles Buró, Joan Brotat y Sergi Aguilar entre otros, como también Francesc Artigau, Carlos Mensa y Joaquim Lluciá con los que frecuentaba el "Cercle de Sant Lluc".

El profesor que más influyó para que Concha se mantuviese firme en su empeño de llegar a ser pintora fue Francesc Labarta. Y no porque le diese consejos, la orientase o protegiese. Todo lo contrario Labarta tenía la costumbre de dar las clases reuniendo los alumnos alrededor de una mesa como si se tratase de una

tertulia donde se hablaba de temas relacionados con el arte, tanto desde una perspectiva histórica como de la actualidad de las exposiciones que se celebraban en Barcelona. Todos los lunes proponía un trabajo a realizar y cuando los alumnos se los entregaban, los comentaba con amable agudeza crítica. Al entregar los trabajos que presentaba Concha, Labarta los miraba con atención y callaba. Lo que preocupaba a la artista que se había esforzado el máximo en cumplimentar los diferentes temas. No recibió ninguna indicación a lo largo de todo el curso, pero al finalizarlo Labarta la llamó para decirle que le había puesto la nota más alta por haber demostrado que su obra tenía personalidad.

LA LARGA MARCHA POR LAS EXPOSICIONES

Concha lleva cuarenta y cinco años de intensa vida pictórica. Empezó el año 1960 exponiendo individualmente en la sala Jaimes del Paseo de Gracia de Barcelona y nunca ha dejado de exponer.

Con un buen sentido del humor ella dice que se dedica a colgar y descolgar cuadros; los suyos, como es natural, pintando entre muestra y muestra de acuerdo con una sensibilidad que nunca se ha dejado dominar por el hábito de una profesión que desde niña quería que fuese la suya.

A lo largo de los años que lleva pintando, Concha ha realizado más de doscientas cincuenta exposiciones individuales. Al margen de largo, sería muy pesado para el lector el relacionarlas todas. Será más positivo para entender la evolución de su obra el reproducir lo que han escrito sobre ella destacados críticos de arte.

Concha Ibáñez, a pesar de las muchas exposiciones realizadas, nunca le ha gustado postularse para hacerlas, como tampoco pensar que ella hace transacciones comerciales con sus cuadros. Expone en las galerías que le demuestran apreciar y respetar su obra, no es vendedora, sino que tiene los compradores que buenamente quieren adquirirla para su goce personal.

Josep Maria Cadena

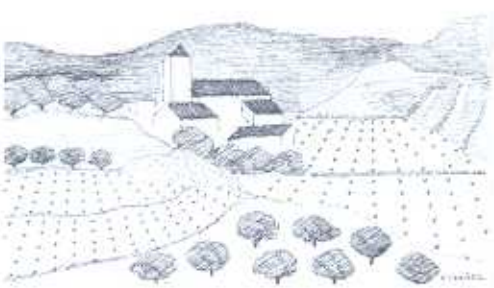
CREATIVIDAD Y CRITERIO DE SÍNTESIS

La capacidad de crear es una virtud que tenemos todos por el simple hecho de existir. Hay personas más creativas en la cocina, otras que lo son vistiéndose, otras a las que se les da muy bien decorar su casa... la creatividad en abstracto la poseemos todos.

Sin embargo, cuando nos referimos a la creatividad dentro del mundo de la pintura, lo hacemos de una manera más restringida. Porque para plasmar nuestra capacidad creativa en pintura tenemos que ponernos, necesariamente, al servicio de un lenguaje artístico, es decir, al servicio de una técnica y unos conocimientos específicos.

Sabemos que un lenguaje es algo que puede ser utilizado por un conjunto de individuos que se han puesto de acuerdo en una serie de cosas, que han establecido unos códigos; por tanto, todo cuando atañe a la representación pictórica de la realidad atañe a lo que entendemos por creatividad en la pintura: la incidencia de la luz sobre los objetos, la recreación de los volúmenes, las perspectivas (aunque nuestra pretensión no sea pintar de un modo realista), los colores primarios, sus derivados surgidos en la mezcla...

Conocer asimismo los diferentes materiales y las posibilidades que



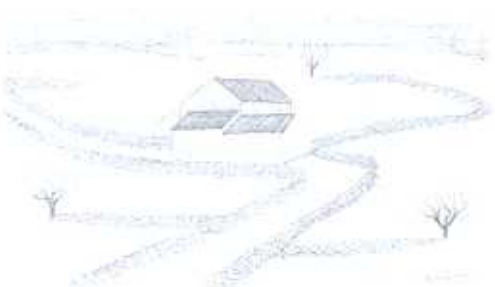
ofrecen: pinturas, soportes, pinceles, etc., son indispensables si queremos expresar de verdad algo creativo.

Y, complementariamente, no está de más que nos ilustremos conociendo la obra de otros pintores, yendo a ver sus exposiciones. Pues de esta experiencia estética real, además de enriquecer nuestra sensibilidad, podemos tomar ideas o descubrir, mediante la vivencia, que nos sentimos mucho más atraídos por las formas abstractas, o hiperrealistas.

Porque la pintura es un vehículo de expresión concreto como lo es el cine o la literatura, y tiene sus propios recursos y convenciones pactadas por una sociedad. Sin embargo, no se puede pintar solo con el intelecto ni con los conocimientos adquiridos, hay que poner algo secreto e íntimo, aquello que podríamos llamar ilusión.

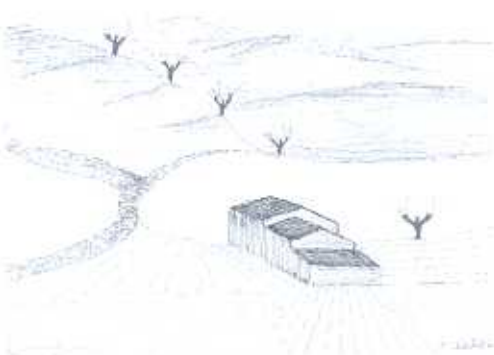
Para que nuestra creatividad fluya de un modo espontáneo, a través de una técnica preestablecida, no hemos de olvidar que el pintar es un acto que uno hace porque quiere y porque verdaderamente le hace ilusión, y esta fe es lo que hace que nuestra obra, al margen de los gustos, pueda parecerles a los demás sincera y comprometida.

En tiempos de Caravaggio, por poner un ejemplo, el arte abstracto era impensable, porque aquella sociedad, por una serie de razones



filosóficas, culturales y sociales, había decidido de una manera consecuente y lógica, que la pintura debía dar un mensaje fácilmente equiparable a la realidad y que llegase al público lo más claro posible. Los pintores, entonces, debían poner su arte al servicio de las normativas establecidas por las academias de pintura, que eran las encargadas de definir oficialmente qué era y qué no era arte. Entonces aún existía un concepto del arte absolutamente acotado. De hecho, hasta la imposición del movimiento romántico el mensaje de un solo individuo, su mundo interior, no era importante ni necesario, ni a nadie se le había ocurrido que con la pintura podía llegar a expresarlo, pues el público tampoco estaba preparado para esto.

No podemos olvidar que unos pocos siglos antes de Caravaggio, a lo largo de lo que los historiadores se han empeñado en llamar Edad Media, el concepto de creatividad, tal y como hoy lo conocemos, estaba restringido a la figura de Dios, creador exclusivo de todo lo visible e invisible.



Actualmente cualquier artista puede explicarnos el complejo mundo emocional que subyace tras su obra y nadie se escandaliza por ello. La capacidad creativa es ya patrimonio de todos.

Pero, con todo ¿cómo es posible que la obra de algunos pintores

antiguos conserve aún hoy el poder de dejarnos estupefactos?

Hemos dicho antes que lo que se entiende por pintura son los códigos pactados por la sociedad de una época determinada, pero lo que demuestran los clásicos es que hay algo de universal que supera las normas de un momento dado.

Si nos situamos enfrente de una pintura del Giotto o Piero della Francesca, sentimos que nos transmiten algo que nos es familiar, que podemos llegar a entender fácilmente, y no sabemos bien si es por causa de su técnica o su pericia compositiva, pero el hecho es que si nos paramos a buscar factores comunes, descubrimos que en numerosos casos estas obras han sido sometidas a un mismo proceso, a una misma depuración formal.

Vemos que se ha prescindido de todo aquello que fuese accesorio para llegar a esa manifiesta síntesis formal. Se ha hecho, además, un uso reducido de la paleta de los colores y la luz es casi siempre sobrenatural por su luminosidad metálica. Por lo que se refiere al tema representado nos muestran siempre el clímax dramático de lo que acontece, la escena más representativa (comercial) de la historia que reproducen, bajo un punto de vista objetivo y trascendente. Y con todo, ese distanciamiento es

capaz de sugerirnos algo tremendamente íntimo.

La formulación pictórica de la síntesis consigue siempre una cierta atmósfera onírica (pensemos también el estilo de Dalí), inquietante por su paradójica lejanía y proximidad conviviendo en un mismo espacio y momento.

Podemos decir que el criterio de síntesis, aplicada a la pintura, trata de reformular la realidad prescindiendo de todos los detalles explicativos y fortuitos, de todos los adjetivos calificativos, desplegándose así en otra realidad, más simbólica y por tanto de alcance universal, que pueda contener la totalidad en una sola parte de ésta.

La pintura de los maestros, como ejemplo de síntesis, se estructura sobre la base de formas puras, geométricas, sugiriendo un mundo ordenado, acaso divino, que, sea cual sea su temática, produce una verdadera experiencia de paz al ser contemplada.

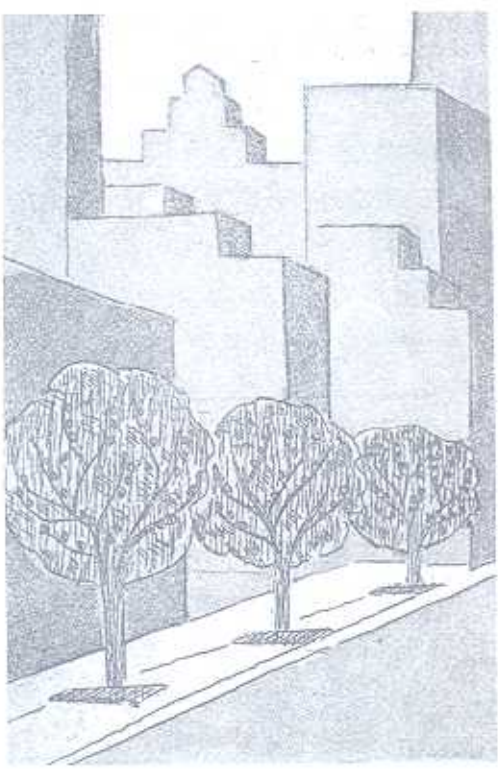
Esta tendencia podría denominarla "el arte de retratar las esencias", y lo que se insinúa aquí es que la ilusión que uno tiene de pintar, asociada al recurso pictórico de la síntesis y al conocimiento técnico de la pintura, genera aquellas obras que perduran eternamente, a pesar de la fugacidad de las modas.

Concha Ibáñez

QUE HAN ESCRITO DE CONCHA IBÁÑEZ

CONCHA ALÓS,
escribe de Concha Ibáñez:
... Su futuro, era como si lo viese en una bola de cristal, en las escondidas líneas de la mano, estaría lleno de caminos. De caminos. Y de una obstinada voluntad de plasmar el mundo, todo el universo, el de dentro, el de fuera. Casi nada más. Y así con estas instruidas incertidumbres, sin más alforjas ni más nada, comienza su trayectoria que es al principio buceante y torpe, consciente y firme después, contra todos los vientos y contra todas las mareas, solitario, sin necesidad de aliento ni empujones, como si algo misterioso la sostuviera. Es el diamante. Brillando y gigantesco, íntimo, lleva ese diamante que algunos llaman vocación. Suyo y cierto. Con estas entrañables cosas: la sabiduría de su meta, la voluntad y el diamante comienza a recorrer el mundo, toda la geografía posible.
...Sus cuadros, son el exponente de toda una filosofía vital: respiran serenidad y miran de frente, sin

desmelenamiento, toda la desnuda soledad del hombre. En ocasiones, son una oda intimista: Esos ocres, esos amarillos ardientes, trabajadísimos de un páramo castellano, que nos hace sentir sed y nos ciegan, entran en el terreno de lo abstracto, son síntesis de la Castilla seca, castigada e idealizada por el sol. Pero de golpe al cuadro lo cruza una franja de olmos sembrados a tresbolillo, una sombra refrescante, real, mitigando la desesperada luz. Y otras veces la definición, la abstracción, la idea de la nada, del desamparo, se quiebra con un árbol desmochado, invernal. O dos. Unos campos arados, jugando a las paralelas y a las convergentes en una geometría que nos habla, quizá, del esfuerzo del trabajo.

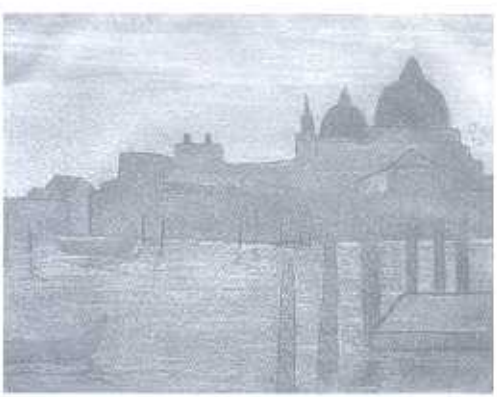


O por un cubo, que es una casa, donde viven unos seres humanos, como en ese cuadro hermosísimo de grises y azules que representan el pueblo almeriense donde nacieron los padres de Concha, Instinción, creo que se llama. Un árbol, unos campos, una casa donde viven seres humanos, que laten. Una esperanza en medio del desierto. La esperanza que andamos bus-

cando. Para que caminemos hacia ella, para que nos agarremos a ella.

MARCOS MOLINERO CARDENAL:

En un momento en que el arte ha pasado a ser parte de la moda y en que el eclectismo parece que permita, o exija, al artista una constante metamorfosis, la fidelidad a un estilo –la fidelidad a sí mismo y a su propio concepto de pintura– resulta tan raro como meritorio. Pero, por mucho que pese a cierta crítica, empeñada en transformar la producción artística en un continuo proceso de cambio y auto negación, artistas como Concha Ibáñez, nos hacen reconciliarnos con aquellos que han hecho de su estilo una manera de ser y de estar en el mundo del arte, y no porque la autosatisfacción con lo hecho quiera justificar una continuidad, sino, y sobre todo, porque se piensa sinceramente que una obra exige de una labor de constante perfección en la que se hace necesario ahondar y profundizar a lo largo de toda una vida.



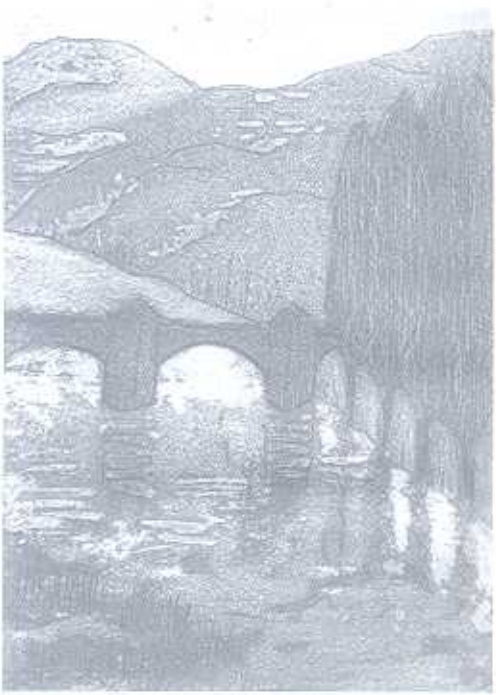
Hay pintores de una sola obra y pintores cuyas sucesivas maneras de hacer, parecen empeñados en

reivindicar todos los cambios y todos los movimientos, como si el arte tuviera, al igual que la moda de consumo, fecha de caducidad. Concha Ibáñez es de los primeros, porque entiende el arte como permanente reflexión sobre la realidad, sin dejarse llevar por las imposiciones de lo que hoy se entiende como industria de la cultura. Pero que nadie vea en esta continuidad una posición cómoda de quien ya ha encontrado su particular lenguaje y sólo trata de explotarlo. Todo lo contrario, porque Concha Ibáñez viene mostrando consigo misma una radical autocrítica en aras de lograr una esencialidad ajena a la anécdota y a la literatura en que, por otra parte, tan fácil como dignamente ella podía haberse instalado.

Concha Ibáñez es, ante todo, una paisajista que ha ido depurando al máximo su sentimiento de la naturaleza. Intérprete de los campos de Castilla, de las tierras desoladas de Almería, o de la geología volcánica de Lanzarote, pero también de las playas de Cuba o de los barrios de Nueva York. Todo pasa por su visión personal para ser transfor-

mado en su quintaesencia, en una difícil y aparente simplicidad. Su pintura tiene siempre algo de ascetismo, algo de misticismo, que nos lleva a un mundo de soledad donde, casi de manera imperceptible, sentimos la mano del hombre transformador de la tierra.

Visión serena, contemplativa del mundo en que, sin embargo, deja patente que arte y realidad son dos entidades de distinta significación porque su pintura no parte de un deseo de imitación, como lo demuestra el hecho de que aún sintiendo y amando esas tierras con pasión, es capaz de negarlas, una y otra vez, desde la desnudez esencial, y escasamente realista, de su interpretación. Porque ella, acaso sin plena conciencia de lo que se trae entre manos, entiende que eso es la pintura.



MERCEDES DE PRAT:

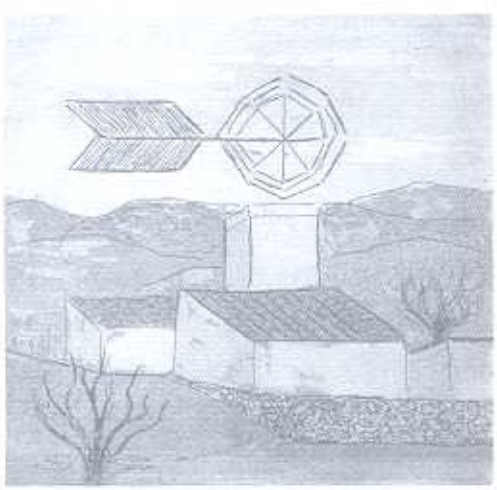
La conducta individual es un hecho humano, y este hecho se forma con observación, con sentimiento y con un orden mental capaz de admirar cualquier acontecimiento.

Concha Ibáñez hubiese sido más feliz si cabe, trabajando en el taller

de Gaudí, arquitecto genial que pudo convivir con herreros de raigambre, yeseros con modelaje y exquisitos maestros carpinteros y ebanistas, elementos que hoy se han perdido porque nadie quiere un aprendizaje.

El arte es un acto binario de la naturaleza, pues el artista compone y otra persona se lleva la obra y esto es afortunadamente lo que sucede con la pintora Concha Ibáñez, cuya clientela primeramente le compra un cuadro y luego se queda con su amistad, que siempre es dúctil y segura...

El recorrido artístico de Concha Ibáñez va de Soria a Figueres, de Palma de Mallorca a Graz de Austria; de Fuenterrabía a Tarragona, de Nueva York al homenaje internacional del Congreso de mujeres de Bangkok (Tailandia). Todos estos lugares la hacen acreedora de sus elaborados encuadres cuyo "leif motif" es casi siempre el paisaje. En el año 1996, ganó el concurso sobre el Mediterráneo en competencia con casi cincuenta artistas profesionales. La pintura de Concha Ibáñez es limpia, sus bardas y muretes recortan con nitidez las tierras volcáni-



cas de Lanzarote, o las doradas y rosadas del Magreb.

Concha Ibáñez, con casi treinta y cinco años de camino profesional, ha participado en más de ciento cuarenta exposiciones individuales y más de ochenta colectivas. En 1972 ganó el premio del Concurso Rafael Zabaleta en Quesada, recóndito lugar de Jaén, en el que Concha Ibáñez trabajó varias telas con los plateados olivares serenos y elegantes que la pintora dió a conocer a medio mundo.

Martín Heidegger, el filósofo alemán que tenia en gran aprecio el arte, desde su cátedra de Marburgo, abogaba, por los años veinte, por las ideas de neoescolasticismo ecléctico en donde podemos situar cómodamente a Concha Ibáñez, ya que esta pintora tenaz convierte el mundo técnico de hoy en "fragmentos" de belleza.

Heidegger, bebiendo siempre en las fuentes filosóficas de Hegel (1813-1901), asumió los grados de la reproducción de lo visto, imaginación para desarrollarlo y entendimiento de juicio.

El arte es una de las pocas cosas que nos salvan de la vulgaridad,

haciéndonos vivir la emotividad de la creación tal como venimos haciéndolo en la cultura occidental desde hace dos mil quinientos años. Valioso legado, que tanto Concha Ibáñez como María Laurencin o Frida Kahlo –las escogidas de la creación– nos honran como mujeres.

ADOLFO CASTAÑO:

En la nómina de artistas contemporáneos vivos que tejen la amplia urdimbre del arte actual, figura con luz y méritos propios la catalana Concha Ibáñez (Canet de Mar, 1929). Su presencia en este medio se inició en 1960 después de cursar estudios en la Lonja y en Bellas Artes de Barcelona como estudiante peculiar de pintura, dibujo y grabado. Concha Ibáñez ha participado en numerosas colectivas, ha obtenido entre 1966 y 1997 diez premios, alguno de dibujo, y ha realizado individuales por todo el mundo.

Concha Ibáñez es una permanente, una tenaz trabajadora del arte, ha cuajado un estilo, ha impostado su voz y allá donde va se reconoce su canto ¿De qué notas se compone este canto?

Concha Ibáñez se nos muestra siempre como paisajista, como paisajista real pero no realista, porque su acto de fe en el mundo exterior experimenta una simplificación, puede llamarse una abstracción, en la que se acepta la verdad de lo existente, pero se toma de esta realidad el carácter de los planos significativos que sustentan el horizonte. Esta visión de paisaje es antropocéntrica, Concha Ibáñez es quien mira, quien dirige la operación de plasmar; sin ella como individuo estético no habría pintura alguna. Pero ella quiere comunicar las sensaciones que le provoca el paisaje mediterráneo, de la meseta, isleño, de su país, quiere comunicarnos y ¿hasta qué punto persuadirnos? Percibo que la actitud artística de Concha Ibáñez en sus paisajes es íntima y recatada, un punto maternal y en esta actitud no creo que exista persuasión sino emoción y esta emoción en su pintura logra adoptar formas visibles que podemos predecir si conocernos, si tenemos trato con la trayectoria de Concha Ibáñez, una trayectoria entretejida en la urdimbre del arte actual.

ANTE ESTOS CUADROS
A Concha Ibáñez

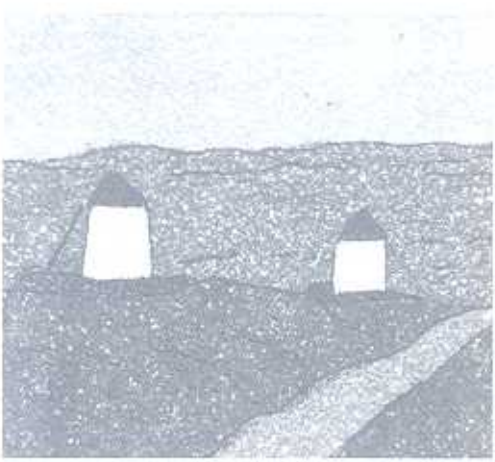
Hay un aspecto de la cuestión
(la cuestión es el cuadro)
donde se ordena el paisaje
a través de cierto ritmo
entre unos límites de forma
que a su vez participan
en un juego de colores:
no hay animales de ninguna especie
aunque a veces aparezcan
huellas
o casas
al servicio exclusivo del concierto;
todo se ha limpiado
de hojarasca
y en el recuerdo
puede ser igual o distinto
porque estamos
ante un pequeño mundo nuevo.
Pero hay otro aspecto
casi oculto
ante estos cuadros
que a veces me inquieta
desde el tiempo pasado,
millonario de años,
como una llamada
para el pie desnudo
o la trabajadora mano
recordándole
su primer contacto con la tierra
sin paisaje.

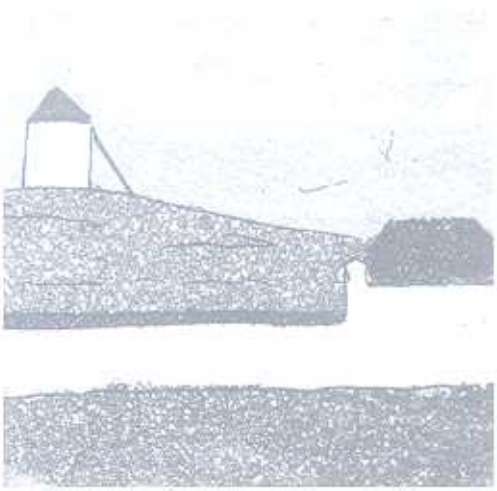
Cesáreo Rodríguez-Aguilera

DIALOGO CON EL PAISAJE
A Concha Ibáñez

Mirarte como nadie ha mirado tu floresta: ¿recuerdas cómo se arrodillaba hundiendo las manos en tu barro para mejor pensar la forma de pintarte? Hombres hubo en el tiempo que como ella tuvieron ese estilo de enfrentarse al silencio de tus obras: arboledas recónditas y broceadas de tanta luz y viento; sombras de los montes con un tacto de seda; sierras criadoras; olivos y almendras subiendo por las laderas; collados y raíces; felpas de pinares; escalones de viña de septiembre con todo el aroma del mejor perfume de la fruta madura; aquel ciprés cercano al tapial tranquilo y la parra cayendo en el portal: girasoles, geranios y piteras; y casas con limoneros combados por sus briosas cargas de amarillos que están ahí en la tela como un producto más de tus días y tus noches, hechos al permanente cambio que te anima, sobre todo si te encuentras junto al mar, si eres el mar, antiguo demoledor de caballitos y de estrellas, remotísimo y hambriento de poderes, un mar ebrio de mar cuyas olas son los surcos de una extraña tierra de labranza.

Correspondiente como nadie ha correspondido a tu belleza: vamos, vamos, venid todos, mimos y juerguistas, espectadores abúlicos, venid a pintar conmigo al bosque cuando el enebro es dulce, y a mediodía





el clamor de los pájaros del trigo es matemático y sobresalto, es tempestad, brumas ligera, fuego y gamas de color que desafían el análisis. Venid que oiréis la sinfonía del crepúsculo pasar como un rebaño por el vergel de manzanas, venid que en la quietud sentiréis la santidad que desde la loma desprende aquel pueblo fantasmagóricamente iluminado, que oleréis el rocío de los campos recién segados, venid y ganaréis la sencillez de la ropa, que desde entonces se os acomodará mejor al cuerpo. Y como nunca hasta es día en que caminéis por el prado repleto de flores silvestres os habréis integrado en la pasión que es la actividad del ojo, del pincel, de la paleta y del lienzo, que crea armónica materia de la materia indomable; venid, pues para germinar es necesario hundirse en terreno fértil, venid conmigo y os lucraréis de amor, venid conmigo.

José Santamaría

Lanzarote, 1995 - Óleo sobre tela 130 x 97 cm

Camp de Tarragona, 1995 - Óleo sobre tela 116 x 89 cm

LA PINTURA DE CONCHA IBÁÑEZ

La pintura actual de Concha Ibáñez es el resultado de una santa continuidad. La cosa nace como una vocación y una decisión, y el resultado es –ahora, a los quince años de su primera exposición en 1960– la consecuencia de una entrega constante, de un caminar decidido y sin vacilaciones por el mundo de la creación pictórica. Por supuesto que el lugar y la época la determinan: y, sin duda también la personalidad y la experiencia. Se ha escogido un lenguaje para la expresión y la comunicación y se han empezado a utilizar signos ya existentes: las referencias austeras a la realidad exterior, los planos geométricamente delimitados, la eliminación de elementos accesorios. En suma, la magistral lección del clásico –"un solo pie en la realidad"– actualizada en nuestros días. Poco a poco, con su parsimonia y su seguridad, Concha Ibáñez ha ido perfilando con caracteres propios sus formas y sus signos. Ha enriquecido la materia, ha dado solidez al sentido arquitectural de su pintura, ha conjugado el color con moderación y con audacia. Y de tal modo ha alcanzado así un estilo personal que puede ya ocasionalmente encon-

trarse en otros el estilo –la apariencia sólo, por supuesto, no su realidad– de Concha Ibáñez. Esto quiere decir, sin duda, que se ha creado una nueva realidad a través de los caminos de una de las realidades tradicionales –los múltiples paisajes de nuestra geografía–, que no creo que sea precisamente el medio más fácil para lograr aquel hallazgo. Y, por tales circunstancias, esta nueva realidad, precisa, elocuente, plena de sugerencias, que es la obra de Concha Ibáñez, tiene ya un lugar seguro en el mundo del arte de nuestro lugar y de nuestro tiempo.

Cesáreo Rodríguez-Aguilera

Monegros, 1994 - Óleo sobre tela 130 x 97 cm

Marruecos, 1994 - Óleo sobre tela 116 x 89 cm

Castilla, 1991 - Óleo sobre tela 100 x 81 cm

La Habana, 1995 - Óleo sobre tela 130 x 97 cm

LOS PAISAJES DE CONCHA IBÁÑEZ

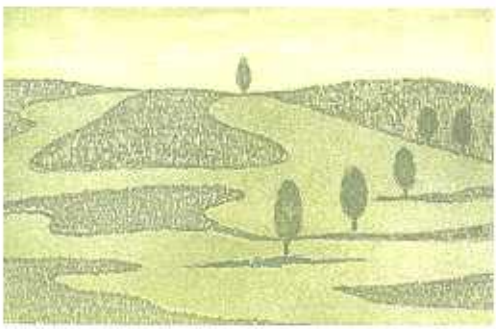
Concha Ibáñez, esta pintora nacida en Canet de Mar, de padres andaluces, que viaja, con periodicidad y calma, por los más diversos lugares de la geografía española, ha logrado una obra de alto grado de madurez. Una y otra vez se ha enfrentado con los diversos paisajes de las tierras españolas y de cada uno de ellos ha extraído, acentuándolos, sus caracteres plásticos esenciales. Los ocres y blancos de Andalucía, los sienas y rosados de Tarragona, los amarillos de Castilla, los verdes del Montseny. Y al mismo tiempo sus ritmos. Secos y cortantes en algunos casos, amables y curvados en otros; simples en ocasiones, más recargados en otras.

A estos elementos se añade hoy, en la pintura más reciente de Concha Ibáñez, una materia amorosa, minuciosamente elaborada. Y en ese mundo resultante, en el que las personas no aparecen, ni como mancha o forma integradora, la soledad y el silencio integran también el lenguaje. Apenas si hay variantes o matizaciones en el color de cada uno de los planos. Estos aparecen como unidades que armónicamente se unen para formar una estructura, al modo de aquellas formas de la abstracción geométrica, aunque con la importan-

te diferencia de que el mundo real está aquí siempre presente, sentido y recreado. El equilibrio, la serenidad y la mesura de esta obra no son –no pueden serlo– el resultado de una improvisación. Son el logro de un largo esfuerzo, de una vocación, de una profesionalidad. Se insiste con entusiasmo en un mundo y en un modo de hacer. Se busca incesantemente y se acaba encontrando. Se sigue un camino y se van alcanzando sucesivas etapas. Frente al paisaje, Concha Ibáñez no se plantea los problemas de su fugacidad o de su mutación, según los cambios de la luz. No le importan estas variantes, que tanto han preocupado a muchos creadores de nuestro tiempo. En sus paisajes, Concha Ibáñez recoge los aspectos de carácter permanente, como los cubistas buscaban en el objeto. No se busca tampoco el contraste feroz –a veces efectista– de los diversos colores, para darnos orquestaciones coloreadas más o menos musicales. Concha Ibáñez hace del paisaje otro mundo, su mundo. Un mundo de abstracción y de concreciones, de imaginación y de realidad, de silencio y de elocuencia. Un mundo con perfiles muy propios. Lo que, en definitiva, constituye el objetivo supremo del pintor.

Cesáreo Rodríguez-Aguilera

Dibujos con lápices de colores



Aguafuertes y aguatintas

JOSÉ CORREDOR MATHEOS:

Concha Ibáñez ha ido aunando, con el tiempo, dos procesos que parecen contradictorios: el de una progresiva abstracción y el de una concreción mayor cada día, con el enfoque de una parcela concreta de la realidad. Ama esta artista el paisaje, los paisajes. Viaja incansablemente, va y viene, mira, contempla. De cada viaje vuelve con temas para nuevos cuadros. Su primera visita a una región cualquiera supone para ella el descubrimiento de una región nueva de su propia realidad interna. Esta vez, sus pasos la han llevado otra vez a Castilla y Andalucía, por Mallorca e Ibiza. Qué contraste de luces, de tierras luminosas, o pardas, o grises, en estas telas que presenta ahora ante nosotros. He aquí la geometría flexible de los volúmenes blanquísimos de Ibiza; los árboles de Mallorca de un verde sorprendente, velado, suavísimo; los viejos campos de ocre y amarillo de trigo de la estepa, con alguna que otra colina tímida, unos pocos árboles en un rincón, juntos y solitarios; la tierra quebrada de la alta Andalucía. Siempre, en todos estos temas, grandes superficies casi monocromáticas, con un ansia de anchura, de desbordar los límites del cuadro y de la geografía. Grandes superficies silenciosas, sin gente. Y serenidad y una gran discre-

ción, como un respeto del paisaje para sí mismo. Nada que rompa este silencio de campo abstracto, sin un grillo siquiera, sin el rumor del viento. Solo la presencia, de las cosas desnudada por el arte.

JOSÉ MARÍA CARANDELL:

Hay en Concha Ibáñez, por decirlo así, dos elementos que se contraponen y se complementan: el artesanal y el artístico. Sabemos de ella que trabaja con orden, con constancia, con pulcritud, muchas horas cada día en su taller. Conocemos sus cuadros, esos paisajes en los que el ser humano jamás aparece, semejantes entre sí como los frutos que obtienen los campesinos, como los objetos que elaboran cesteros, ceramistas, bordadoras, y distintos entre sí como esos frutos y esas obras de producción manual, largamente cuidados, vivamente queridos.

Y sabemos, también, que Concha Ibáñez es persona sumamente sensible, temblorosa, inquietada por espectros difusos y lejanos. Conocemos sus cuadros, esos paisajes en que lo humano tiembla en cada cosa, en cada forma, en cada color –siempre bellísimos–.

Estos dos elementos, tan dispares como complementarios, que todo ser humano tiene en sí, pero que en ella son los polos de su eje vital, los en-

Aguafuertes y aguatintas

Aguafuertes y aguatintas

contramos en su vida, en su obra y en la realización de su obra. Esta forma axial puede observarse en cualquiera de sus paisajes andaluces, catalanes, castellanos, manchegos, baleares: Tierras cuidadas, trabajadas por la mano del labrador, por la mano artesanal de Concha; tierras delimitadas por muros, organizadas, convertidas en cosmos por el hombre y el arte artesanal de Concha. Al fondo, un cielo abierto al infinito desconocido y peligroso, para los campesinos y para el alma y la vida de Concha.

En primer plano la existencia está segura, asegurada, por el trabajo, las cosechas y el orden. En el último plano está la duda, el trece, la tormenta, el dolor. En la tierra cercada la naturaleza es doméstica, conocida, familiar. Más allá aúlla el lobo, tiembla la estrella, intriga el caos.

Y si nos acercamos a sus cuadros, como cortos de vista curiosos, vemos lo mismo en los detalles y colores. Concha Ibáñez retrata cada objeto, árbol o piedra, perfectamente diferenciado del contorno y de los otros objetos; pero sus bordes son difusos, parecen respirar –adentro, afuera–. Y lo mismo sucede con su casa, sin puertas ni ventanas, cerradas en sí mismas, protegidas de todo, menos del infinito con el cual secretamente comunican. Y, como paisajista en sentido muy estricto, lo más admira-

ble en Concha Ibáñez en su virtud para interpretar los diferentes paisajes que le importan, por medio de colores esenciales. De la gama de matices que todo paisaje natural ofrece, ella posee el don de saber elegir el color o colores que resumen su esencia. También en esto la guía su sentido artesanal y protector: su voluntad de cercar y domar lo natural mediante reducciones radicales. No obstante, los colores elegidos como esenciales se abren al infinito y a lo desconocido por su temblor y poesía.

MARTA PESSARRODONA:
Me cuesta imaginar a Concha Ibáñez sin pinceles, o lápices, o algo que pueda calificar de instrumento para el dibujo o el color. Me cuesta encasillar a la pintora –o sería mejor decir artista, a secas– Concha Ibáñez, quien por cronología ha vivido, convivido y sobrevivido tantas fluctuaciones en el etiquetado del siempre turbulento mundo de la creación. Además, o para empezar, es mujer. Es decir, corredora (y, en su caso, de fondo) en la carrera de obstáculos (según denominación de Germaine Greer) que es la mujer en el mundo de la pintura. Por otra parte, la persona que se esconde tras la artista es una catalana que nació ya con una genética mirada sureña, andaluza, y que, muy pronto, supo

mirar los campos de Castilla o, de repente, el sol balear, o la metafísica pétrea vegetal canaria, sin olvidar la metrópolis del mundo occidental, Nueva York, o el gran tema del siglo XX, el Holocausto, que, en Cataluña, paradójicamente se concreta en un bello rincón mediterráneo: Portbou y su cementerio marino, y Walter Benjamín y la desesperación. Sólo por citar algunos temas, de los muchos, muchísimos desgranados desde que muy joven decidiera ser sólo eso, una pintora, una artista seria, un ejercicio que sigue llevando a cabo.

Seguramente la seriedad que apuntamos, que en el espacio creativo es sinónimo de ambición, sea lo que siempre nos permite descubrir sus obras en muestras colectivas, la que nos transforme paisajes por obra y gracia de un paisajismo abstracto, a falta de vocablo mejor, o nos dé cuerpo a una abstracción determinada. Al final, nos encontramos en el origen: es una obra –con el soporte que sea– de Concha Ibáñez. Una artista que se dobla y desdobla –como resultará patente en esta retrospectiva–, que viaja sin necesidad a veces de moverse de su estudio barcelonés. Porque en su equipaje vital está el sur peninsular que contempló antes que la luz del día, el Maresme catalán de su infancia

que le aproximó al mar de las antiguas batallas, la Barcelona capitalina, o, sencillamente, el anaquel donde reposan las obras del gran bardo. Una mujer que ha recorrido y recorrerá un largo trecho, que seguramente resultaría vertiginoso para aquella medieval primera artista catalana, Elisava (siglo XII), quien es posible que ni tuviera acceso a los pinceles y se conformara con bordar el Estandarte de Sant Ot (Museo Nacional de Arte de Cataluña). Una pintora, Concha Ibáñez, que, a diferencia de Elisava, quien tuvo que estampar su firma, casi no precisaría ni rubricar sus obras para que supiéramos que son de ella.

LA CONCHA QUE YO CONOZCO

La Concha Ibáñez que yo conozco, es una persona sumamente sensible, inquieta, que parece estar cerrada sobre sí misma protegiendo su territorio, el territorio donde todos los días trabaja de una forma ordenada, constante y pulcra, donde se enclaustra y de su reclusión, surge la creación fruto de la pasión que germina y florece en ella.

La Concha que yo conozco, parece meterse en su concha, en el caparazón, en la envoltura rígida y retraerse, apartarse del trato con la gente que no le interesa. Ella puede ser astuta o cautelosa, pero siempre amante de su oficio. Es la concha de superficie adornada de ricos y elegantes dibujos de diversos colores, arrollada alrededor de un eje, con la cara interna nacarada que difracta la luz del espíritu. La concha, que es emblema de buena suerte, utilizada en alegorías, signo de un viaje próspero, y que está asociada a las aguas como fuente de creatividad.

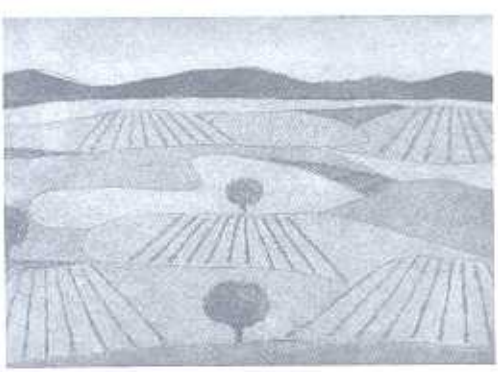
La Concha que yo conozco, tiene relación con la luna, con el trabajo y el amor, es símbolo místico de la prosperidad espiritual y corre en busca de la libertad, sin disciplina de escuela o de "ismo".

La Concha que yo conozco, es la concha formada por dos partes, derecha e izquierda, parecidas y simétricas, unidas por una charnela, que son: el trabajo y el amor al oficio.

La Concha que yo conozco, tiene un estilo propio e inconfundible, tiene la virtud de ser por encima de todo una trabajadora, una gran observadora de la realidad, de las cosas, de los campos, y posee el poder de transformar la observación en creación, ofreciendo una realidad fantástica que llega más allá de la propia observación, reinventando el paisaje. Es la Concha de los paisajes racionalistas, rotundos, amables, reflejo de la realidad, representados con estilo, fiel a los recursos expresivos, donde la materia, el color y la forma, los crean y los ilustran.

La Concha que yo conozco, pinta los paisajes donde el ser humano no aparece nunca, pero siempre está presente, pinta aquello que le impresiona, no lo describe, sino que crea una instantánea de aquello que entiende, y lo sintetiza basándose en delimitaciones esquemáticas sin ornamentos. Es la Concha que pinta y graba, con sabiduría, con sencillez de dicción y el espíritu que emana de ella, al margen de las modas.

La Concha que yo conozco, es la de la severa geometría, de la geometría de la sinceridad, de la pasión inte-



rior, el pudor y la delicadeza que capta más el espíritu que la realidad. Cuando pinta y cuando graba se pone de espaldas al bullicio de lo humano, y muestra la solitaria estructura de los campos, de las cosas, de las plazas. Pinta y graba el mundo de objetos sin sombra, como pidiendo que el nuestro sea también un mundo sin sombras.

La sabiduría de la Concha Ibáñez que yo conozco, está en todas sus obras, al prescindir de la gente, del público, del movimiento, del tiempo incluso. Desnudando el paisaje de anécdotas, sintetizando el sentimiento de la tierra al describir un ambiente de eternidad, de quietud, de vacío. Se sirve de los accidentes topográficos del paisaje, para exteriorizar su concepción estética, creando una sinfonía silenciosa de tonalidades delicadas.

El juego de la perspectiva lo ha sabido plasmar maravillosamente, con una perspectiva en descenso hacia los primeros planos, donde los diferentes términos se superponen, se elevan y no se reducen.

La Concha que yo conozco, cuando graba, no graba como si el arte sólo fuese el ámbito de las cosas, ella se refiere a la naturaleza campesina no como campo, sino como huerto, porque el campo sugiere carencia de forma y ausencia de la mano del

hombre, mientras que el huerto es naturaleza elaborada al servicio del hombre. Los surcos de sus aguafuertes, son como los que deja el arado sobre la tierra para nuevos cultivos. Las gamas de verdes, amarillos, azules, grises, ocres,..., son manchas de vida latente, de animado y plácido, calor interior.
La Concha que yo conozco, dibuja, pinta y graba un mundo subjetivo mantenido con amorosa dedicación y entusiasmo, reduciendo su atención a lo más característico, lo más esencial. ¡La tierra habitada!.

En sus paisajes, la soledad, el silencio, la carencia de compañía, el pesar, la melancolía de la ausencia, el estado o circunstancia de estar solo, no está presente, porque la soledad, *"La absoluta, la completa, la verdadera soledad, consiste en no estar ni aún consigo mismo" (Unamuno)*, y la Concha que yo conozco, nunca está sola, ella siempre tiene sus pinturas, sus grabados, su trabajo y sus amigos.

Marià Casas Hierro

Grupo de grabadores del AAIP-FAD

CONCHA IBÁÑEZ Y EL GRABADO

Como amante y practicante del grabado que es, le he formulado una serie de preguntas con el objetivo de que nos explique que ha representado el grabado en su producción artística, que han dado como resultado las siguientes respuestas:

–Para mí el grabado es una técnica noble que permite realizar una obra seriada por medios totalmente artesanales, siendo un gran complemento de la pintura y que me ofrece grandes posibilidades de expresión.

–Desde que empecé con mis primeros grabados me di cuenta que esta técnica me abría un camino lleno de opciones, siendo el mío un grabado de síntesis, de ausencia de anécdotas, de interés por lo esencial.

–El aguafuerte, la aguatinta, la punta seca, el barniz blando y las técnicas aditivas sobre zinc o cobre y la colaboración del ácido nítrico, cuando era necesario, me han permitido crear las matrices de mis grabados, que una vez entintadas he estampado sobre papel con la ayuda de un tórculo.

–Estudie grabado en el taller de "Les arts del llibre" de Barcelona, siendo mis maestros: María Josefa Colom, Jaime Cuscolla, Ollé Pinell, Ramón Ferran,... y mis compañeros Helena

Paredes, Carlos Beró, Joseph Badia, Sergi Aguilar,... y también he enseñado grabado durante diez años en el taller de "Pubilla Casas" del Hospitalet.

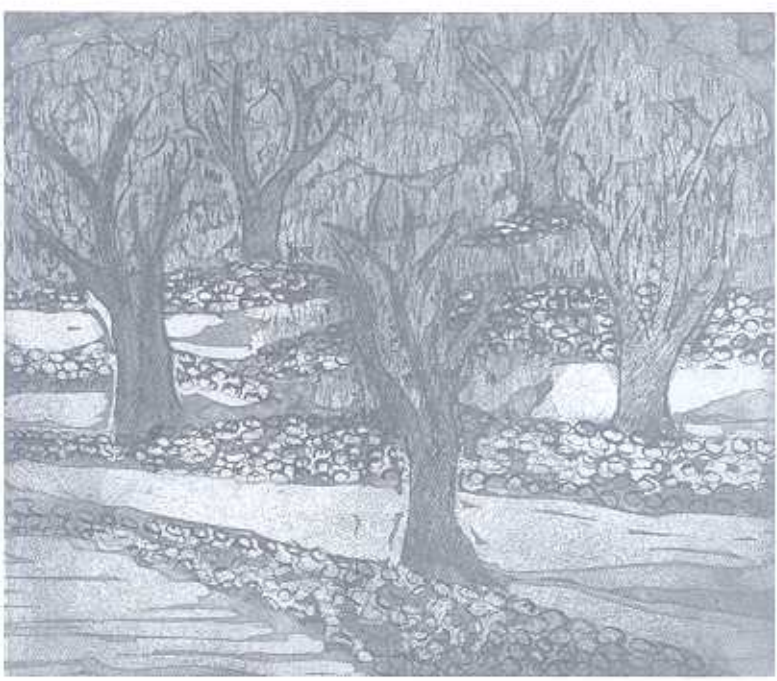
-Mi primer grabado lo realice en homenaje a Machado y después le han seguido unos trescientos más.

Sin duda la característica técnica fundamental, de la obra gráfica de Concha Ibáñez, radica en que la mayoría de las matrices de sus grabados se han ejecutado mediante las técnicas del aguafuerte y la aguatinta sobre planchas de zinc. Pero no sobre planchas de zinc cualesquiera, sino planchas de zinc gruesas, de casi dos milímetros y con unos buenos biseles.

Sobre estas planchas bien pulidas inicia el grabado disponiendo unas resinas generosas de grano grueso sobre un dibujo de trazo firme, sumergiéndolas posteriormente, varias veces, en una espléndido baño de ácido nítrico, habiendo previamente tapado con barniz primero lo

que serán los blancos, después los medios tonos, a continuación otros grados tonales y así, barniza y baña la plancha tantas veces como ella cree oportuno, para que se produzca una lucha por etapas del ácido y el zinc, y si es menester después del proceso de quemado de la plancha, la bruñirá donde haga falta con el fin de conseguir una degradación suave del claroscuro pretendido. El entintado de la plancha lo realiza normalmente con una sola tinta, encargándose las diferentes intensidades de la aguatinta y la presión del tórculo de transferir las múltiples gradaciones de color, de la plancha al papel.

M.C.H.



CIUDADES EN LAS QUE HA EXPUESTO:

Barcelona, Santander, Palma de Mallorca, San Sebastián, Madrid, Salamanca, Zaragoza, Hospitalet, Málaga, Soria, Terrassa, Segovia, Tarragona, Sitges, León, Girona, Vigo, Vilanova i la Geltrú, Palafrugell, Olot, Canet de Mar, Mataró, La Coruña, Menorca, Ibiza, Vic, Sabadell, Martorell, Camprodón, Badalona, Lleida, Sant Feliu de Guíxols, Graz (Austria), Valls, Viena (Austria), Arenys de Mar, Sant Pere de Ribes, Llafranc, Cadaqués, Fuenterrabia, Vilasar de Mar, Alicante, Ulldecona, New York, Cabrera de Mar, Bruselas, Salou, Jaén, Sant Cugat del Valles, Valdepeñas, Zamora, Orihuela, Santa Cristina d'Aro, Bangkok, Anianne (Francia), Reus, Perpignan (Francia), Granollers, Mont-Roig, Holguin (Cuba)...

A CADA ILLA, UN INSTANT

Gravats de

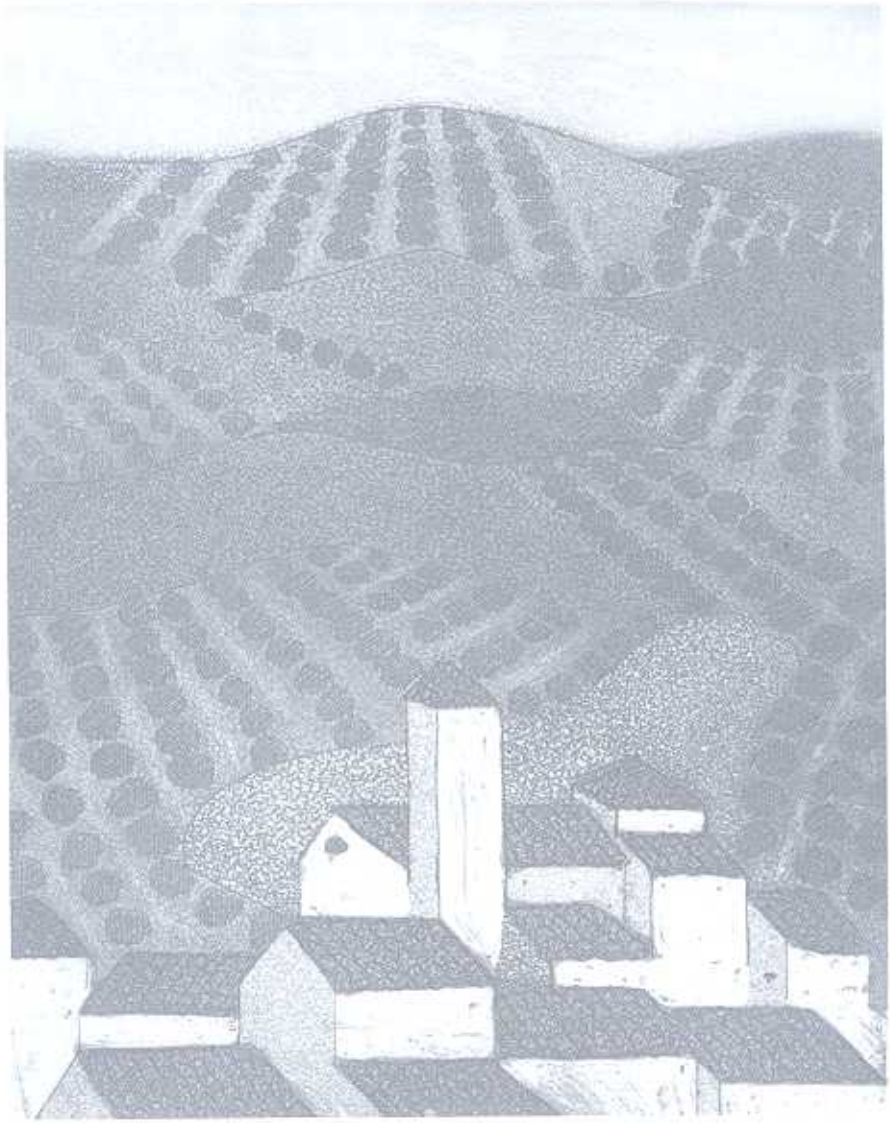
CONCHA IBAÑEZ

Textos de

BALTASAR PORCEL

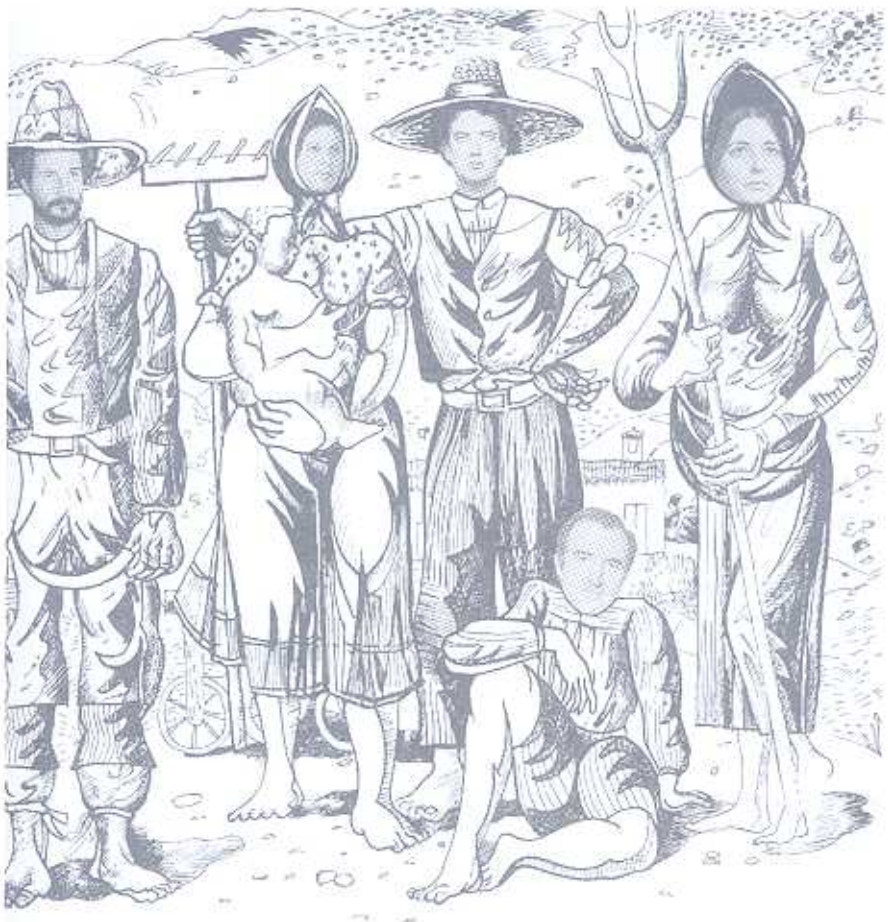
EIVISSA, ON NEIX LA LLUM

Primer, amb l'estel de l'alba, premonició del dia, tot és blau, un blau dens i sensual que sura com una boira sobre el port eivissenc. Fantasmagòric, farcit de refulgències ocultes. Una gavina, sinistra en la penombra, davalla sobre la mar morta. S'alça de bell nou, plana pausadament, es posa a la popa d'un veler esvelt i carregat de somnis. Pel moll, per les cases apinyades, pengen alguns llums elèctrics, petits punts color taronja que no emeten gens de resplandor. El moment és estàtic, silenciós, d'un cromatisme somnàmbul. Canta el primer gall, violent i despistat. I de sobte el blau s'esfuma, i roman un cel diàfan i pàl·lid, dilatat, de nítidesa diamantina. L'aigua ara és translúcida, incolora. Un pop s'hi belluga al fons, esllanguit. Però s'esfuma: ara la mar s'ha tintada de zinc i reflecteix la ciutat d'Eivissa, com gravada a punta seca, escalonada, amb les palmeres i les muralles, altar votiu. Fins que, passat un altre instant, la claretat es torna ocre, s'encén i apareix el focus encara imforme, entre tels de núvol, imforme i incandescent, que irradia una llum poderosa, rosada, jove: surt el sol.



Concha Ibáñez ha preferido discurrir por el campo, por las colinas plateadas de los olivares, con algún que otro verdeante huerto, interrumpidos por el blanco ("blanco luto de cal") de los hogares, el cobijo inhóspito de cuatro paredes desde donde surge día a día este arte ecológico y conceptual y también "op" por el módulo reiterado de la estera verde-gris. Qué cosas tiene la cultura. Para nosotros sólo fueron un medio de vida quesadeño, aunque fueran también el fuego y la sombra, el hielo y el trabajo, lo concreto y lo lejano porque el enigma de aquel espacio se nos manifestaba a cada instante en la vida mineral y en la animal, en la materia y en el espíritu, que ya empezábamos a pensar si serían la misma cosa aunque de distinta manera. Una vez más "pasamos bajo túneles verdes de higueras, nogales y álamos, por molinos con patos y sonoros ruidos de agua, adelantándonos bandadas de tordos, que con graznar metálico se dirigen a la sierra... cruzamos olivares encendidos de cigarras, hasta llegar al cortijo recostado al frescor de la umbría malva de los pinares". Una vez más los cortijeros nos reciben, humildes y amables, como a marcianos o conquistadores, ofreciéndonos su gazpacho que comemos directamente de la cazuela esforzándonos, inútilmente para hacerlo con naturalidad.

Cesáreo Rodríguez-Aguilera



HOMENAJE A ZABALETA

Texto de CESAREO RODRIGUEZ-AGUILERA

Grabados CATY JUAN, CONCHA IBAÑEZ, PASCUAL CASAUBON y ALFONSO COSTA

LONGA NOITE DE PEDRA

(CELSO EMILIO FERREIRO)

CONCHA IBAÑEZ
ALFONSO COSTA
CELSO EMILIO FERREIRO
XAVIER COSTA CLAVELL

LONGA NOITE DE PEDRA

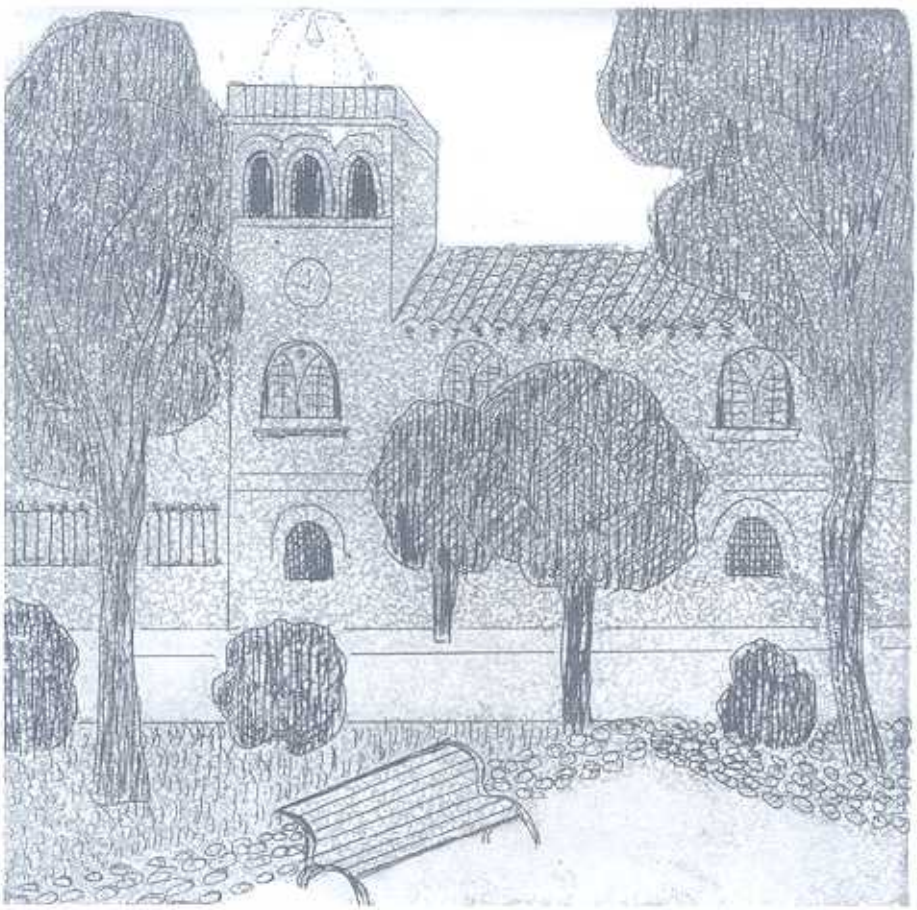
O teito é de pedra.
De pedra son os muros
i as tebras.
De pedra o chan
i as reixas.
As portas,
as cadeas,
o aire,
as fenestras,
as olladas,
son de pedra.
Os corazós dos homes
que ao lonxe espreitan,
feitos están
tamén
de pedra.
I eu, morrendo
nesta longa noite
de pedra.

Pra Concha Ibañez,
co meu agradecemento
polos seus formosos
angafortes.

Celso Emilio Ferreiro

Celso Emilio Ferreiro

Todos los artistas, incluídos los pintores, piden silencio - "Por favor, ¡silencio!" - con sus obras. Pero Concha Ibáñez lo pide y lo pinta, lo impone y lo graba.



12 PLAZAS DE BARCELONA
Grabados: CONCHA IBAÑEZ
Textos: JOSE M.ª CARANDELL
Técnica: Aguafuerte y Resinas